

El Pontífice, afligido por los desgraciados sucesos de la Tierra Santa, acogió benévolo el plan del rey de Francia, y expidió breves á toda la cristiandad, exhortando á los príncipes y al pueblo tomasen las armas para un fin tan piadoso, y encargando especialmente á san Bernardo, que en aquel tiempo era el oráculo del siglo, predicase la cruzada en Francia y Alemania, como legado de la Santa Sede.

SEGUNDA CRUZADA.

Habiendo el papa Eugenio III publicado la bula de la cruzada con la cual confiaba á san Bernardo la mision de predicarla, inmediatamente se convocó una reunion en Vezelay en el condado de Nevers, la cual tuvo lugar el domingo de Ramos, 31 de marzo de 1146, y á la cual acudió una multitud de señores, caballeros, prelados y hombres de todas clases y condiciones. Luis VII y san Bernardo, uno con el aparato fastuoso de la dignidad real, y el otro con el humilde hábito del Cister, se colocaron en una tribuna en medio de un pueblo inmenso, que al verlos les saludó con entusistas aclamaciones. El abad de Claraval leyó primero la bula expedida por el Papa, y luego tomando su inspiracion del recuerdo de las desgracias de Edesa y de los peligros que amenazaban á la herencia de Jesucristo, empleó todo el prestigio de su elocuencia para excitar la compasion de los cristianos; pintó á la Europa entregada al escándalo, al demonio de la herejia y á la maldicion divina, suplicando á los oyentes que aplacasen la cólera del cielo, no ya con gemidos y lágrimas, con oraciones y cilicios, sino con las fatigas de la guerra, con el peso de la espada y broquel, con fuertes combates contra los musulmanes.

El grito de *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* interrumpió su discurso, como habia interrumpido las palabras de Urbano II en el concilio de Clermont. Como el entusiasmo de la multitud aumentaba la conviccion del orador, san Bernardo profetizó el buen éxito de la cruzada, amenazó con la cólera divina á los que no peleasen por Jesucristo, y gritó como el Profeta: «¡Desgraciado, desgraciado aquel que no llegue á ensangrentar su espada!»

El ardor por la guerra santa se habia apoderado de toda la asamblea. Luis VII se arrojó á los piés de san Bernardo y le pidió la cruz; el rey, vestido con aquel signo venerando, exhortó por sí mismo á los fieles á que le siguiesen á Oriente, y el auditorio derramó lágrimas de enternecimiento.

La reina Eleonor de Guyena quiso imitar á su esposo, y recibió la cruz de manos del abad de Claraval; Alfonso conde de San Gilles y de Toloso, Enrique hijo de Tibaldo, conde de Champaña, Tyerri conde de

Flandes, Guillermo de Nevers, Rainaldo conde de Tonnerre, Ivez conde de Soissons, Guillermo conde de Ponthieu, Guillermo conde de Varennes, Archimbardo de Borbon, Enguerrando de Coucy, Hugo de Lusignan, el conde de Dreux hermano del rey, su tio el conde de Maurienne y otros muchos barones y caballeros siguieron el ejemplo del soberano. Varios prelados, entre los cuales cita la historia á Simon obispo de Noyon, Godofredo obispo de Langres, Alejos obispo de Arras, y Arnolfo obispo de Lisieux, hicieron juramento de pelear contra los infieles. Y no siendo suficientes las cruces que se tenían preparadas para satisfacer á la multitud impaciente, el abad de Claraval rasgó su hábito para hacer otras muchas.

San Bernardo no limitó su predicacion á la ciudad de Vezelay, sino que recorrió varias comarcas del reino, inflamando todos los corazones con el fuego sacro de las cruzadas; el púlpito se convirtió en una cátedra de entusiasmo capaz de enardecer á la más fria indiferencia, presentando con vivos colores la vergüenza que debia ruborizar á los cristianos por tolerar que la herencia de Jesucristo y la Palestina regada con sus sudores y preciosa sangre se vieran amenazadas de caer otra vez bajo la tiranía de la cimitarra musulmana. El encanto de la elocuencia del santo abad, sus tiernas expresiones y patético lenguaje, la reputacion de sus virtudes y los favorables sucesos que pronosticaba, arrastró al pueblo á que tomase las armas.

Despues de haber predicado la cruzada en Francia, pasó á Alemania; más al llegar al centro de los pueblos del Rhin, tuvo que combatir la predicacion del monje Rodulfo, el cual exhortaba á los cristianos al asesinato de los judíos. Sólo el ascendiente de la virtud y merecida fama del abad de Claraval podia imponer silencio al apóstol alemán que halagaba las pasiones del pueblo.

Despues de haber predicado en Constanza y Francfort pasó á Spira, en donde el emperador Conrado habia convocado una Dieta general. El Santo abad se aprovechó de esta coyuntura para predicar la guerra contra los musulmanes y la paz de los príncipes cristianos. Varias conferencias y exhortaciones públicas no habian conseguido determinar á Conrado á tomar la cruz, alegando los recientes disturbios del imperio germánico; pero la elocuencia persuasiva del abad de Claraval no se arredraba por esto. Un dia al celebrar la misa delante de los príncipes y magnates, interrumpió de improviso al santo sacrificio para predicar la cruzada, y en un arranque inspirado transportó al auditorio al dia del juicio final, haciendo aparecer á Jesucristo armado con la cruz y reconviniendo al emperador Conrado por su fria ingratitud. Este apóstrofe repentino conmovió profundamente á Conrado, quien juró con los ojos arrasados en lágrimas que iria á defender los intereses de Jesucristo, y se cruzó, así como tambien muchos caballeros y barones.

Poco tiempo despues, en otra Dieta tenida en Babiera, muchos prelados y señores alemanes se alistaron bajo las banderas de la guerra santa; entre los obispos habia los de Passau, Ratisbona y Freisingen; entre los señores figuraban Ladislao duque Bohemia, Odoacro marqués de Estiria, Renardo conde de Carintia. Federico, sobrino del emperador, tomó la cruz á pesar de las lágrimas de su anciano padre que murió de dolor.

San Bernardo recorrió todas las ciudades del Rhy desde Constanza hasta Maestrich. En todas partes se oia su voz como la de un profeta y de un santo: tal era el entusiasmo que producía su predicacion, que más de una vez al bajar del púlpito fueron desgarradas sus vestiduras por los oyentes, ansiosos de repartirse los pedazos para hacer con ellos el distintivo de la cruzada.

El regreso de san Bernardo á Francia dió á todos nuevos ánimos; el buen éxito de sus predicaciones en Alemania y la resolución que habia hecho adoptar al emperador Conrado fueron para los cruzados la señal de un nuevo movimiento.

Luis VII y los grandes señores se hallaban reunidos en Etampes tratando de la cruzada, cuando se presentaron unos embajadores á Rugiero, rey de la Pulla y Sicilia, ofreciendo en nombre de dicho soberano á la cruzada, no sólo suministrar buques y víveres, si que tambien que se uniria con ella su hijo, si iba por mar la expedicion. Se deliberó acerca de esta proposicion del rey de Sicilia, y del camino que se seguiria para trasladarse á la Palestina; y si bien la via marítima ofrecia menos dificultades y peligros, con todo la via terrestre fué preferida con harta imprudencia.

Los preparativos de la cruzada se continuaban con actividad, y las palabras santas diariamente procuraban á la cruz nuevos defensores. En los puntos en donde no habia podido resonar la voz de Bernardo, se leian en los púlpitos sus elocuentes cartas.

La historia cita á un predicador flamenco llamado Arnoul, que se habia asociado á la obra apostólica del abad de Claraval. Arnoul recorrió varias provincias de Alemania y de la Francia oriental; por la austeridad de su vida y la singularidad de su traje excitaba la curiosidad y la veneracion de la muchedumbre, y como ignoraba la lengua romana y tudesca, se hacia acompañar de un intérprete llamado Lambert, el cual repetia en la lengua del país las piadosas exhortaciones del orador flamenco.

El ejemplo de Francia y Alemania arrastró á la Italia é Inglaterra. Los pueblos de los Alpes y orillas del Ródano, de la Lombardia y Piamonte, habian de acompañar al marqués de Montferrat y al conde de Maurienne, tío materno de Luis VII.

Los cruzados ingleses se embarcaron en los puertos del canal de la Mancha, y se dirigieron á las costas de España.

Los cruzados alemanes habian de reunirse en Ratisbona, y los franceses en Metz. Durante varios meses los caminos de estas dos ciudades estuvieron materialmente cubiertos de peregrinos. Todo se hacia con órden en el movimiento de las tropas, los preparativos de esta segunda guerra santa presentaban más regularidad y armonía que los de la primera, y nada podia hacer adivinar las desgracias que ofrecia el porvenir.

Para sufragar los gastos de esta cruzada eran necesarios grandes recursos; para este objeto se impusieron gravosos tributos, sin exceptuar al clero, artistas y labradores, lo cual produjo murmullos y tumultos y que se asesinasen en Sens al abad de San Pedro le Vif.

Por consejo de Pedro el Venerable, los judíos debieron contribuir de un modo extraordinario á los gastos de la guerra. Durante este tiempo estaba reunido en Chartres un Concilio que se ocupaba de la cruzada, y como muchos señores franceses y alemanes reputaban al abad de Claraval como el depositario del poder de Dios, y que como otro Moisés haria estupendos milagros para introducir al pueblo cristiano en la nueva tierra de promision, hicieron grandes esfuerzos y reiteradas instancias á dicho Concilio, para que obligase á San Bernardo se pusiese á la cabeza del ejército cruzado, y tuviera el mando como general en jefe (1). Pero el abad de Claraval, al tener noticia de semejante proyecto, escribió al papa Eugenio III para que no accediese á tales pretensiones; y en efecto alcanzó su deseo, pues como San Bernardo no era menos prudente que celoso, se contentó con ser el heraldo y el clarín, por cuanto despues de haber desempeñado su trabajosa predicacion, se retiró otra vez á la soledad de su monasterio, dejando para los príncipes guerreros toda la gloria, el honor y los peligros de la ejecucion.

No titubeamos en decir que San Bernardo en esta ocasion se acordaria sin duda del triste y lastimoso desengaño que experimentó en la primera cruzada Pedro el Ermitaño, que por los desastres que sufrió la expedicion que él mandaba, fué despues el ludibrio y el escarnio de los pueblos. Sin embargo no se libró el Santo de las murmuraciones y acusaciones más terribles, cuando llegaron á Europa las noticias desgarradoras de los descalabros sufridos por la cruzada, predicada con tanto celo y entusiasmo por dicho santo abad.

Luis VII antes de partir fué á San Dionisio para recibir el oriflamo que los reyes de Francia acostumbraban llevar delante de ellos en las batallas. El papa Eugenio III presentó al rey el bordon y la calabaza, distintivo de la peregrinacion.

Esta cruzada no fué coronada como la primera por hechos gloriosos,

(1) Divi Bernard, epíst. 256 ad. Eug. III.

puesto que los cruzados tuvieron que sufrir muchas injurias, contribuyendo al mal éxito el haberse mezclado un número bastante excesivo de damas, mujeres y doncellas en las filas de los cruzados, lo que fué causa de mucho desorden, inmoralidad é indisciplina.

Mientras se organizaban los ejércitos cruzados de Francia y Alemania, ocurrió sin duda la muerte del Gran Maestre Fr. Roberto de Craon, por cuanto desde 1143 no se encuentra nada que haga relacion á dicho Gran Maestre, por cuya razon consideramos que su maestrazgo no podia durar más que unos diez años.

RELACION DE LAS DONACIONES HECHAS

Á LA ÓRDEN DEL TEMPLE

En la provincia de Arles, Hugo de Montsegur en 1138 señaló á la Orden del Temple fondos considerables sobre sus posesiones de Richaranches; Ponce de Grillon obispo de San Pablo-tres-Castillos firmó como testigo el acta de donacion.

En la ciudad de San Pablo-tres-Castillos, la Orden del Temple poseyó la antigua iglesia llamada San Juan; el pergamino que daba fe de ello se hallaba sin nota cronológica (1).

En 1139 Luis VII expidió una ordenanza, facultando á sus vasallos poder hacer donaciones á los Templarios, exceptuando villas y castillos, reservándose los derechos de la corona (2).

En el mismo año Pedro abad de San Guilles en Langüedoc cedió á la Orden del Temple un terreno llamado Sertelage, y Bertran su sucesor añadió un huerto y además otras donaciones (3).

En este tiempo se estableció la Orden Templaria en Perigord, concediéndole la antigua iglesia de Santa María de Andrival, que cierta comunidad de monjas habia abandonado por su inconstancia y libertinaje (4).

En 1141 Conon hijo de Alain Jergan, duque de Bretaña, fundó el convento de Nantes, cediendo al Temple la isla de Lamba; la carta de donacion se halla en la historia de Bretaña (5), está firmada por Ubon Foulques y otros dos caballeros, la cual confirmó despues Constancia duquesa de Bretaña.

En 1242 hallamos fundaciones de la Orden del Temple en Ruan,

(1) Gallia Christ., animadversiones, tom. 1.

(2) Ducange, Glossar., tom. 2 pág. 294.

(3) Hist. gen. del Langüedoc, lib. 16, pág. 362.

(4) Gallia Christ., tom. 2, col. 1466.

(5) Id. id., tom. 2, col. 378.

Amiens y Artois; en los Países Bajos, Godofredo I, duque de Lorena y conde de Brabante, concede á los templarios una parte de su señorío y homenaje de sus vasallos (1).

Durante el Maestrazgo del Gran Maestre Fr. Roberto de Craon, la Orden se estableció en Sicilia, por cuanto hallamos la noticia en el priorato de Mesina, que los templarios gozaban de gran crédito en tiempo del rey Rogerio, poseyendo tierras de consideracion, que les fueron confirmadas y aumentadas en 1151 á instancia del preceptor del Temple Fr. Geofredo de Cognac (2).

Ya hemos indicado antecedentemente la disposicion testamentaria de D. Alfonso I, llamado el Batallador, rey de Navarra y Aragon; no obstante, lo repetimos porque pertenece á la clase de donacion lo que dispuso en su testamento. Dicho monarca fué uno de los más grandes capitanes de su siglo, pues en la guerra constante que hizo á los sarracenos, habia salido victorioso en 29 batallas; pero hallándose ya anciano y sin hijos, declaró, por medio de testamento hecho en el sitio sobre Bayona, en octubre de 1131 (3), á los Templarios, Hospitalarios y canónigos del Santo Sepulcro, como herederos y sucesores á las coronas de Navarra y Aragon. Esta disposicion testamentaria, tan extraña á primera vista, no podia haber tenido otro móvil sino la defensa del cristianismo, interesando á las órdenes militares para sostener sus piadosos intentos y santos designios contra los sarracenos de España. Sin embargo que el rey no murió entonces, con todo renovó y ratificó el mismo testamento pocos dias antes de morir, lo que acaeció en el castillo de Sariñena por el mes de setiembre de 1134 (4).

A consecuencia de esta disposicion, Navarra y Aragon quedaban á merced de tres herederos extraños, ó por mejor decir extranjeros, y el carácter de dichos reinos no se avenia á semejante sujecion; por lo tanto no admitieron este acto de la voluntad del testador. Navarra pasó á elegir por su rey á D. García Ramirez, descendiente del rey D. Sancho el mayor, y Aragon levantó por rey á D. Ramiro el monje, hermano de Alonso el Batallador. Esta eleccion fué hecha segun el fuero de Sobrarbe, que concedia la facultad y derecho para elegir rey, juzgando la tal disposicion testamentaria, como contraria á la libertad de los pueblos, que la habian conquistado con el derramamiento de su sangre.

Al llegar á Jerusalem la noticia de tan ventajoso legado, el Patriarca

(1) Aub. Miraei opera Diplom., tom. 2, pag. 1164.

(2) Gallia Christ., tom. 3, col. 118. Id., tom. 9, col. 1077 Id., id., tom. 10, col. 1292. Id., tom. 11, col. 46 Aub. Miraei op. Dipl., tom. 2, pag. 1164. Rochus Pyrrhus, Siciliae Antiquit., vol. 3, col. 1093.

(3) Moret: An. de Nav., lib. 17, cap. 9, pág. 149. arch. de la Cat. de Pampl.

(4) Briz: Hist. de S. Juan de la Peña, lib. 3, cap. 28. Moret: An. de Nav., tom. 2, pág. 150. Abarca, Interreg., 1, n. 1. Zurita, lib. 1, cap. 52.

y los dos grandes Maestres de las Órdenes conferenciaron sobre este particular, y se decidió enviar una diputacion con plenos poderes, para reclamar la ejecucion del testamento; el Patriarca en su nombre y del Santo Sepulcro delegó al canónigo Giraldo, la órden del Hospital designó al mismo Gran Maestre Fr. Raimundo de Podio y otros Hospitalarios, y la Órden del Temple nombró á Fr. Odon de San Ordoño, Fr. Everardo de Barres (que fué despues el III Gran Maestre), Fr. Hugo de Borrajo, Fr. Bernardo Reginol y Fr. Anticho (1).

Al llegar esta diputacion á España, halló que dichos reinos habian elegido sus soberanos, sin atender á la disposicion de Alonso, por cuya razon los delegados, por más que insistieron en sus pretensiones, no pudieron alcanzar nada, principalmente de los navarros, que rechazaron constantemente todo acomodamiento, á diferencia del conde de Barcelona que se mostró más equitativo, por cuanto hizo una transaccion con los diputados, cediendo algunas plazas y territorios, con otras concesiones que detallaremos en otro lugar.

El tratado ó transaccion hecha entre el conde de Barcelona y los delegados fué ratificado y confirmado por el Patriarca de Jerusalem y por los dos Grandes Maestres de las Órdenes de setiembre en 1141, aprobándolo el papa Inocencio II y Foulques rey de Jerusalem.

El Conde de Barcelona D. Berenguer IV, no contento con haber favorecido con la largueza á la Órden del Temple, con las cesiones que habia hecho, procuró por todos los medios posibles el multiplicarla en sus estados; testigo del celo que los caballeros mostraban en guardar y defender las plazas contra los ataques de los infieles, habria consentido voluntariamente que la nobleza catalana hubiese abrazado aquel instituto, á fin de rechazar con más eficacia las invasiones de los bárbaros, y con este piadoso objeto remitió cartas y una comision al Gran Maestre Fr. Roberto, manifestando sus proyectos. El jefe superior de la Órden teniendo en consideracion quanto habia hecho el monarca aragonés en favor de la misma, ofreció secundar el plan del conde de Barcelona, con la condicion que dicha milicia formada de la nobleza se dedicaria á batallar contra los moros, seguiria los estatutos de los Templarios de Oriente y estaria sujeta al Gran Maestre.

A consecuencia de esto, el conde Ramon Berenguer convocó una reunion de obispos, varones y señores en Gerona, en donde se concedieron á la Órden del Temple castillos y territorios en Cataluña y Aragon.

En 1144 Bertran y Guignes condes de Foulcalquier dieron al Temple una bellissima posesion llamada Brillane, que seis años despues fué con-

(1) Turquet: Hist. gen. de España, t. 1, pág. 339.

firmada y cedida á Pedro de Sabrán obispo de Sisteron por la iglesia de Santa María de Olone (1).

En 1145, Fernando Mendez duque de Braganza cedió al Temple la fortaleza de Langroveja situada en la Beira, entre cuatro colinas y el rio Pisco (2).

(1) Hist. de la Iglesia galicana, tom. 9, pág. 539.—Gallia Ghrist., t. 1. col. 186.

(2) Raphael. Bulteau, vocab. Portugal.

